SØREN KIERKEGAARD

LAS OBRAS DEL AMOR

MEDITACIONES CRISTIANAS EN FORMA DE DISCURSOS

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Traducción de Demetrio G. Rivero
sobre el original danés *Kjerlighedens Gjerninger* (1847)
Revisión de Nekane Legarreta y presentación de Miguel García-Baró

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2206-6
Depósito legal: S. 399-2006
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

Presentación, por Miguel García-Baró 9

LAS OBRAS DEL AMOR
PRIMERA PARTE

Prólogo 13
Oración 14

I. La vida oculta del amor y su reconocimiento por los frutos .. 15
II-1. Tú «debes» amar 27
II-2. Tú debes amar al «prójimo» 53
II-3. «Tú» debes amar al prójimo 69
III-1. El amor es el cumplimiento de la ley 99
III-2. El amor es asunto de la conciencia 143
IV. Nuestro deber es amar a los hombres que vemos 161
V. Nuestro deber es estar en deuda de amor mutua 181

SEGUNDA PARTE

Prólogo 212

I. El amor edifica 213
II. El amor lo cree todo, sin que jamás quede defraudado 231
III. El amor lo espera todo, sin que jamás que confundido 251
IV. El amor no busca lo que es suyo 271
V. El amor cubre la muchedumbre de los pecados 289
VI. El amor permanece 309
VII. La misericordia es una obra de amor, incluso cuando el que se siente movido a misericordia no pueda dar nada ni hacer nada 335
VIII. La victoria de la reconciliación en el amor, la cual conquista al vencido 341
IX. La obra de amor que representa recordar a los difuntos 353
X. La obra de amor que consiste en hacer el elogio del amor 367

Conclusión 383
Referencias bíblicas 395

PRESENTACIÓN

MIGUEL GARCÍA-BARÓ

El lector tiene en sus manos la segunda traducción española de este libro de Søren Kierkegaard, que quizá sea una de las obras cumbre entre aquellas que intentan la aventura temeraria de explorar directamente la naturaleza esencial de lo cristiano.

Dos mil años lleva reclamando el cristianismo una filosofía a su altura auténtica, y quizá nunca logre el pensamiento una hazaña semejante. Tal vez sólo una pluralidad de extraordinarios ensayos podría, en el acorde de su misma variedad, acercarse suficientemente a la meta inaccesible. *Las obras del amor* conforman una colección de discursos –el discurso clásicamente llamado edificante es la más alta forma del diálogo puro entre individuos, según Kierkegaard– que fueron publicados en las últimas semanas de 1847. A su lado, pero en dependencia del solitario de Copenhague, habrá que situar a Franz Rosenzweig, Karl Barth, Jürgen Moltmann, Karl Rahner, Gabriel Marcel…

Kierkegaard parte del único presupuesto posible: Dios, el Dios de la Biblia y a quien Jesús de Nazaret llamaba *abba*, no es sino el amor absoluto. Cualquier otro concepto que se atreva el ser humano a aplicarle será legítimo sólo y en la medida en que derive clara y directamente de esta primera realidad –y de esta primera constatación–. Por consiguiente, la única empresa que supera por principio infinitamente las fuerzas humanas es la aprehensión adecuada de la esencia del amor. Obtenerla sería tanto como negar en la práctica enteramente la transcendencia radical de Dios respecto del mundo.

Pero justamente por la virtud de esta transcendencia no hay, en realidad, relación existencial humana que esté del todo desprendida y suelta del ámbito del amor. El amor, es decir, la eternidad, es decir, la verdad, precisamente en su distinción infinita respecto del tiempo, el mundo y las vicisitudes del egoísmo, constituye el ámbito donde ya siempre, de algún modo, es y se mueve la existencia misma. Sólo en la desesperación se consigue una aparente ruptura terrible con la verdad, lo eterno y el amor.

Por así decirlo, el órgano en el ser humano que se entrega confiado o que se sustrae desesperado a la pasión infinita de la verdad es aquel que en nosotros realiza, en formas varias, constantemente, la síntesis peculiar

de cuerpo y alma en que consistimos. Kierkegaard lo llama *Aand*, que sólo podemos traducir por *espíritu*. Así pues, el espíritu y su experiencia inagotable son aquello segundo en cuya investigación se gastará la vida entera sin lograr recorrer todas sus sendas –como ya escribió Heráclito–. La esencia del espíritu es tan inabarcable como la esencia del amor.

Nunca somos, pues, el amor, o puramente amor. Nunca, tampoco, viajamos tan lejos del amor como para olvidarnos definitivamente de él. Nuestro espíritu lo porta deficientemente, mejor dicho, recibe continuamente de manera finita e inadecuada el exceso del amor. Sólo el amor absoluto es amor desdichado, precisamente porque significa un presente exagerado para las capacidades del espíritu humano. De aquí que el dolor y la dicha, en la perfecta seriedad del fondo final de la existencia, sean los temples afectivos (*Stemminge*) en cuya alternancia transcurre la vida del hombre sobre la tierra. Tratar de esta, tratar de cualquiera de los acontecimientos que suceden del lado corporal, del lado anímico o del espiritual –siempre de algún modo en síntesis– de nuestra existencia, es introducirse en una intrincada, infinita, fenomenología de las *obras del amor* y de las respuestas humanas a ellas.

No es la ontología, ni es la teoría del conocimiento ni tampoco la ética el modo primero y adecuado para emprender la exploración de lo real. Ambas figuras históricas de lo que ha querido ser filosofía primera quedan del lado de acá del salto primordial por el que nuestra existencia se centra en sí misma tensando al máximo la distancia que la separa de la eternidad. Tras este salto primero, la ignorancia o inocencia del hombre aún incapaz de palabra (*infans*) deja paso a la existencia propiamente tal; este nuevo pensamiento o *filosofía segunda* se revela como un discurso sobre la subjetividad que vive en alguno de los niveles realmente posibles de la existencia. Por otra parte, *la alternativa* entre lo estético y lo ético oculta la alternativa esencial, aquella que separa la desesperación de la confianza, o sea, la existencia de espaldas o ante la eternidad, en cuyo ámbito, pese a todo, somos, nos movemos y existimos.

Demetrio Rivero hace varias décadas intentó, llevado de un entusiasmo tan admirable como su capacidad de trabajo, traducir íntegramente este *corpus* literario singularísimo, acercando a la lengua española, desde una comprensión profunda, la obra de Kirkegaard. Por su parte, con un entusiasmo parecido, Lekane Legarreta ha revisado íntegramente la traducción, respetando con fidelidad la versión de Rivero, que el paso de los años ha terminado por convertir en un clásico.

LAS OBRAS DEL AMOR
Primera parte

PRÓLOGO

Estas meditaciones cristianas –que son fruto de mucha meditación– quisieran ser comprendidas con lentitud, para serlo también con facilidad. En cambio, seguramente resultarán muy difíciles para quienes se las embaracen con una lectura superficial y meramente curiosa. Que «cada individuo» –quien primeramente decidirá consigo mismo si ha de leerlas o no– medite amablemente, en el caso de haberse decidido por su lectura, si la dificultad y la facilidad, sopesadas con la debida atención, no se relacionan entre sí de una manera equilibrada, de suerte que lo cristiano alcanza una expresión verdadera solamente cuando no se exageren ni la dificultad ni la facilidad.

Estas son «meditaciones cristianas», por lo tanto no tratan acerca del «amor», sino de «las obras del amor».

Estas son «las obras del amor»; con ello no se pretende significar que se mencionarán y describirán todas sus obras, ni mucho menos; ni siquiera una de esas obras quedará descrita de un modo plenamente definitivo, gracias a Dios. Porque lo que en su plena riqueza es *esencialmente* inagotable, es también *esencialmente* indescriptible, y por cierto es tal, en cuanto por esencia y de una manera plenaria está presente en todas partes.

S. K.

ORACIÓN

¿Cómo podría hablarse rectamente del amor si quedases olvidado Tú, oh Dios del amor, de quien procede todo amor en el cielo y en la tierra? ¡Tú, que no has regateado nada, sino que lo diste todo por amor! ¡Tú, que eres amor, de suerte que quien ama, solamente es lo que es, siendo en Ti! ¿Cómo podría hablarse rectamente del amor si quedaras olvidado Tú, que revelaste lo que es amor? ¡Tú, nuestro Salvador y Redentor, que te entregaste a ti mismo para redimirnos a todos! ¿Cómo podría hablarse rectamente del amor si quedases olvidado Tú, oh Espíritu del amor, que no te guardas nada de lo tuyo, sino que evocas aquel gran sacrificio de amor y recuerdas al creyente que ame como es amado, y que ame al prójimo como a sí mismo?

¡Oh amor eterno, que eres omnipresente y das testimonio en todas las partes donde se te invoca, no me rehúses este testimonio en todo lo que voy a escribir acerca del amor o de las obras del amor! De hecho, sólo hay algunas obras que el lenguaje humano llama especial y mezquinamente obras del amor; pero en el cielo no podrá cobijarse ninguna obra que no sea auténticamente una obra de amor, es decir: ¡sincera en su abnegación, cumplida por impulso amoroso y, consiguientemente, sin ninguna reclamación de méritos!

I

LA VIDA OCULTA DEL AMOR Y SU RECONOCIMIENTO POR LOS FRUTOS

Cada árbol se conoce por su fruto;
y no se cogen higos de los espinos,
ni de la zarza se vendimian racimos.
Lucas 6, 44

Si la pretendida sabiduría, que se jacta de no dejarse engañar, tuviese razón cuando afirma que no debe creerse nada que no se vea con los ojos de la carne, entonces lo que primero y principalmente habría que arrinconar era la fe en el amor. Y si se hiciese tal cosa, precisamente por el temor de no quedar engañado, ¿acaso no se engañaría uno de verdad? Pues de seguro hay muchas maneras de engañarse: uno puede engañarse creyendo lo falso, pero también puede muy bien engañarse no creyendo lo verdadero; a uno le pueden engañar las apariencias, pero también pueden engañarlo esa sabiduría aparente y esa presunción embaucadora que se consideran completamente aseguradas contra todo engaño. Y ¿cuál de esos engaños es el más peligroso? ¿Qué curación será más dudosa, *la de quien no ve* o la del que ve y, sin embargo, no ve? ¿Qué cosa es más difícil: despertar a uno que está dormido, o despertar a quien, despierto, está soñando que no duerme? ¿Qué espectáculo es más lamentable: el que inmediata y absolutamente conmueve hasta el llanto, es decir, el espectáculo de quien ha sido desdichadamente engañado en su amor, o el espectáculo en cierto sentido ridículo de quien se engaña a sí mismo? Digo «en cierto sentido», pues sin duda la estúpida pretensión de no ser engañado del último modo es ridícula y como para reírse a mandíbula batiente, con el agravante de que en este caso la ridiculez entraña una expresión más fuerte y pavorosa al hacernos constatar que tal individuo no merece ni siguiera una lágrima.

Engañarse a sí mismo en el amor es lo más terrible de todo, es una pérdida eterna, una pérdida de la que no se compensa uno ni en el tiempo ni en la eternidad. Ordinariamente, cuando se habla de engaños en las cosas del amor, por muy varios que sean los casos, el engañado, a pesar de todo, mantiene relaciones con el amor y el engaño consiste solamente

en que el amor no estaba donde se pensaba; pero el que se engaña a sí mismo se ha encerrado fuera y excluido a sí mismo del amor. También se suele hablar de gentes engañadas por la vida o en la vida; pero la pérdida de quien ilusamente se engañó a sí mismo al vivir es una pérdida irreparable. La eternidad puede ofrecer una compensación generosa incluso a aquel a quien la vida engañó a todo lo largo de su vida; mas el que se engañó a sí mismo también se ha impedido la conquista de lo eterno. Y quien precisamente a causa de su amor llegó a ser una víctima del engaño humano, ¿habrá perdido propiamente algo cuando en la eternidad se descubra que el amor permanece y el engaño se ha desvanecido? En cambio, quien *ingeniosamente* se engañó a sí mismo, metiéndose listamente en las trampas de la prudencia, y por más que durante toda su vida se jactase dichoso en su ensueño, ¿qué no habrá perdido cuando en la eternidad se revele que se había engañado a sí mismo? Pues en la temporalidad puede acontecer que un hombre quizá tenga éxito en la empresa de sustraerse al amor, que quizá logre malgastar todo su tiempo sin llegar a descubrir el autoengaño, e incluso que quizá logre esta cosa espantosa: llegar ensoñadamente a jactarse de estar en él, pero en la eternidad no podrá sustraerse al amor, ni dejar de descubrir que lo malbarató todo. ¡Qué seria es la existencia! ¡Y lo más tremendo de todo es que ella, para castigo, le permite al consejero de sí mismo que siga aconsejándose, de suerte que pueda vivir año tras año engreído de su engaño, hasta que al fin y de golpe experimente que se engañó a sí mismo por toda la eternidad! Verdaderamente que la eternidad no se deja embromar, sino que sin tener que echar mano de la violencia, ni mucho menos, emplea todopoderosa una leve ironía para castigar al temerario de una manera espantosa. Porque ¿cuál es el lazo que une el tiempo con la eternidad? ¿Cuál otro es sino el del amor, que cabalmente por eso existe antes que existieran las cosas y subsistirá cuando todo haya pasado? Mas precisamente porque el amor es de esta manera el lazo de la eternidad y porque el tiempo y la eternidad son heterogéneos, precisamente por eso puede parecerle el amor un fardo inútil a la sabiduría terrena de la temporalidad, y por lo mismo, en esta puede antojársele a la prudencia de la carne como un enorme alivio el arrojar lejos de sí ese lazo de la eternidad.

El que se ha engañado a sí mismo seguramente opina que tiene motivos para consolarse porque, desde luego, es mucho más que un vencedor; en su ensueño insensato se le oculta cuán miserable es su vida. No le negaremos la afirmación que hace de que él «ha cesado de entristecerse por nada»; mas ¿de qué le servirá esa receta si su salvación cabalmente consistiría en que empezase a sentir una profunda tristeza sobre sí mismo? El que se ha engañado a sí mismo opina incluso que es capaz, probablemente, de llevar consuelo a los que fueron víctimas del

engaño de la infidelidad; pero ¿acaso no es una insensatez que el que está dañado respecto a lo eterno, pretenda sanar a quien a lo sumo está enfermo hasta la muerte? Todavía más, el que se ha engañado a sí mismo quizá opine, mediante una extraña contradicción, que es compasivo con alguno que otro de los miserablemente engañados. Mas si examinas atentamente sus discursos consoladores y su sabiduría salutífera, entonces reconocerás el amor por los frutos: en la amarga burla, el cortante racionalismo, el venenoso espíritu de la desconfianza, la mordiente frialdad del endurecimiento, es decir, estos son los frutos que demuestran que allí dentro no hay ningún amor.

Por los frutos se conoce al árbol: «¿Por ventura se cogen racimos de los espinos o higos de los abrojos?» (Mateo 7, 16). Si buscas racimos en los espinos, entonces no solamente buscarás en vano, sino que las espinas te convencerán de que tu búsqueda no ha sido baldía. *Pues cada árbol se reconoce por sus propios frutos*. También es posible, sin duda, que haya los frutos que se asemejen muchísimo mutuamente, siendo el uno sano y sabroso y el otro ácido y venenoso; también puede darse el caso de que el venenoso guste mucho y que el sano sea algo amargo. Así también se reconoce el amor por sus frutos. Si uno se equivoca, ello se deberá o a que no se conocen los frutos, o a que en un caso concreto no se acierta a distinguir rectamente. Así se equivoca el hombre que llama amor a lo que no es más que egoísmo, asegurando con las palabras más solemnes, que no puede vivir sin la persona amada, mientras no quiere oír que la tarea y la exigencia del amor consisten en negarse a sí mismo y renunciar a todo egoísmo enamorado. Y así se equivoca el hombre que da el nombre del amor a lo que no es más que débil abandono, o depravada blandenguería, o dañosa asociación, o profanadora intimidad, o relaciones egoístas, o sobornos lisonjeros, o fenómenos del momento, o lazo de la temporalidad. Desde luego que existe una flor que se llama flor de la eternidad, pero también se da –¡cosa bastante extraña!– una cierta flor, llamada «flor de eternidad», que, como todas las flores corruptibles, solamente florece durante un determinado período del año. ¡Qué equivocación llamar a la última flor, flor de la eternidad! Para desengañarse, basta verla en el instante de la floración. Pero como todo árbol se conoce por sus propios frutos, así también el amor se reconocerá por el suyo propio, y aquel amor del que habla el cristianismo se conocerá por el suyo propio: porque posee en sí mismo la verdad de la eternidad. Cualquier otro amor, y hablando humanamente, ya sea que se marchite o cambie, ya sea que se mantenga todo lo que dura la existencia temporal, es sin embargo pasajero y solamente florece. Esto es cabalmente lo que hay de endeble y melancólico en él, e importa poco que florezca una hora o durante

setenta años, pues solamente florece; en cambio, el amor cristiano es eterno. Por eso ninguno que haya calado lo suficiente en la comprensión de sí mismo, se atreverá a decir del amor cristiano que *florece*; ni ningún poeta, de comprenderse íntimamente, soñará con *cantarlo.* Pues lo que canta el poeta ha de encerrar melancolía –que es el enigma de su propia existencia–, ha de florecer y, ¡ay!, tiene que pasar. Pero el amor cristiano permanece y por ello precisamente *es*; porque lo pasajero es floreciente, y lo floreciente es pasajero, mas lo que *es* no puede ser cantado, tiene que ser creído y tiene que vivirse.

Por tanto, si se afirma que el amor se reconoce por los frutos, queda afirmado a la par que el amor mismo en cierto sentido está oculto y por lo mismo sólo se le podrá conocer por los frutos que lo revelan. Este es cabalmente el caso. Toda vida, e igualmente la del amor, está oculta en cuanto tal, pero se manifiesta en otra cosa. La vida de la planta está oculta, pero la revelan sus frutos; la vida del pensamiento está oculta, mas la expresión hablada es su revelación. Por eso las citadas palabras de la Biblia hablan simultáneamente de dos cosas, mientras veladamente sólo se refieren a una; en ellas se contiene un pensamiento explícitamente enunciado, en tanto que queda velado otro que lo acompaña.

Por lo cual permítasenos separar y considerar ambos pensamientos en lo que vamos a decir acerca de:

La vida oculta del amor y su reconocimiento por los frutos

¿De dónde viene el amor? ¿Dónde tiene su origen y su manantial? ¿Dónde está el lugar en que se aloja, del que se exhala? Sí, este lugar está oculto o en lo oculto. Es un lugar en lo más íntimo del hombre; de este lugar se exhala la vida del amor, porque «del corazón mana la vida»[1]. Mas este lugar no lo puedes ver, por mucho que penetres allá dentro, sus raíces se retrotraen en la lejanía y en el misterio, y aunque hubieses penetrado todo lo más posible allá dentro, su origen estaría todavía un paso más adelante, como acontece con el manantial de las fuentes, que precisamente cuanto más cerca estás, más se aleja él. De este lugar brota el amor por innumerables y variadas vetas, pero ninguna de estas te conducirá jamás al punto secreto donde aquel cela su existencia. Como Dios, que habita en la luz de la que irradian todos los rayos que iluminan al mundo sin que ninguno de estos rayos logre hacerme ver a Dios, pues estos caminos de la luz se convierten en tinieblas una vez puestos de cara hacia la luz: así también el amor habita en lo oculto, u oculto en lo más íntimo. Como el raudal que fluye de la fuente y atrae al hombre con la

1. Véase Proverbios 4, 23.